

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los indígenas de Sumatra, donde abunda más este gato, pretenden que no es nada feroz y que solo se alimenta de pequeños mamíferos y de aves silvestres y de corral, las cuales se hallan a menudo expuestas á sus ataques. Asegúrase que pasa la mayor parte de su vida en los árboles, acechando la presa y persiguiéndola de rama en rama con la agilidad del más consumado trepador. A esta circunstancia debe el nombre de *rinau-dahau* que le han dado los indígenas, nombre que alude á sus costumbres arborícolas.

CAUTIVIDAD.—El rinau-dahau es al parecer de un natural tan dulce como puede serlo un individuo de la familia de los gatos; para un animal que tiene la fuerza y la corpulencia del leopardo, hasta puede decirse que es sumamente dócil.

Raffles poseía dos de estos animales, cuya docilidad era extremada: demostraban una afición particular á toda especie de diversion; su larga cola, que agitaban á la manera de nuestros gatos domésticos, y que servía para manifestar sus pasiones, constituía á la vez el principal elemento de sus juegos. Todos los objetos susceptibles de rodar ó de moverse rápidamente llamaban siempre su atención; y se les podía acariciar sin temer el menor daño de su parte, pues eran muy sensibles á la pruebas de amistad. Hasta eran capaces de experimentar afecto hacia otros animales. Durante la travesía, uno de ellos trabó íntima amistad con un perrillo que fué su compañero. Jugaba siempre con él, poniendo especial cuidado en no causarle daño alguno. Las gallinas constituyeron durante el viaje su principal alimento, y nunca dejó de dar pruebas de su destreza cuando le presentaban una. Lanzábase sobre ella de un salto, lo mismo que hacen los gatos, la mordía en el cuello y trataba de chupar la sangre como si estuviese viva. A veces jugaba con su víctima horas enteras como tienen costumbre de jugar los gatos con los ratones, y solo después de haberse divertido largo tiempo, acababa por comérsela.

Un magnífico tigre longibando se encuentra ahora en el jardín zoológico de Londres y llama la atención de muchos curiosos, granjeándose las simpatías de todos. Es un animal magnífico, dócil y cariñoso, al que trata su guardian como podría hacerlo con un viejo gato doméstico. El lobo tigre es el único felino que por su índole se asemeja á él. El longibando que hay en Londres toma las posiciones más singulares, y á veces las más incómodas, sobre una espesa rama que adorna su jaula; cierto día se le vió echado á lo largo sobre otra casi horizontal, con sus cuatro piernas pendientes por ambos lados, cosa que comunmente no suelen hacer sino los leopardos.

EL TIGRE BLANCO—TIGRIS ALBUS

Haremos aquí también mención de otra especie cuyo pelaje es de un color tan claro, que ha dado lugar á que se designe con el nombre de *Tigre blanco* (fig. 125). En la colección de Londres existió un individuo de esta especie en 1820. Su pelaje era de un blanco lechoso, con listas longitudinales; pero tan poco marcadas, que solo eran visibles en ciertas luces. Estos tigres blancos son probablemente albinos, como los hay también entre los faisanes, los cuervos y otros diversos séres; y por lo tanto no podrían clasificarse como una variedad permanente.

LOS LEOPARDOS—LEOPARDUS

CARACTERES.—Los animales más hermosos de la graciosa familia felina son los leopardos, felinos de grande ó regular tamaño. Su pelaje es corto, muy colorado y con man-

chas ceñidas de una orla en forma de anillo; no tienen crin ni borla ó mechones; las orejas son cortas y los hermosos ojos grandes y lucientes, tienen el iris redondo.

Habitaban el antiguo y nuevo continente, y sus usos y costumbres son esencialmente los mismos.

EL JAGUARETÉ—LEOPARDUS ONZA

El más grande y fuerte de este grupo y el más temible del nuevo continente, es el *jaguareté* ó *onza* (fig. 126), (*Felis onza, panthera*).

Era ya conocido por las primeras noticias recibidas de América, pero aun hoy casi todos los viajeros refieren algo nuevo sobre este animal. Se comprende fácilmente que en las descripciones haya muchas fábulas; estas prueban únicamente la fiereza, ó más bien el respeto que le tienen los americanos, tanto indígenas como europeos. Azara, Humboldt, el príncipe de Wied, y sobre todo, Rengger, nos han dado noticias exactas sobre esta fiera.

CARACTERES.—En poco le cede el jaguareté al tigre por lo que hace al tamaño, y es por lo tanto mayor que todos los demás individuos de la familia, excepción hecha por supuesto del rey de las selvas. Sus formas generales denotan más bien el vigor que la destreza, pues el animal parece un poco pesado; hasta su cuerpo es más corto que el del leopardo ó del tigre, y lo mismo se observa en las piernas, comparadas con las del último de estos animales. Un jaguareté que llega á su completo crecimiento, mide, según Rengger, 1^m,45 desde la punta del hocico á la raíz de la cola, la cual tiene 0^m,68. Humboldt ha visto jaguaretés que eran por lo menos tan grandes como el tigre real; su altura, hasta la cruz, llega á 0^m,80, poco más ó menos.

Su pelo es corto, espeso, flexible y lustroso, un poco más largo en la garganta, en el pecho y en el vientre, que en el resto del cuerpo. El pelaje varía mucho, tanto por el color principal como por las manchas; en la mayoría de los individuos es de un amarillo rojizo, si bien predomina el blanco en el interior de las orejas, en el hocico, las mandíbulas, la garganta, la parte inferior del cuerpo y la cara interna de las cuatro piernas. Toda su piel está cubierta de manchas que unas veces son pequeñas, negras, circulares, prolongadas é irregulares; y otras grandes, en forma de anillos ribeteados de rojo y negro con dos puntos de este último color interiormente. Las manchas llenas se observan sobre todo en la cabeza, en el cuello, la parte inferior del vientre y los miembros. Son más raras, más grandes é irregulares en los sitios donde domina el color blanco, que en las demás partes del cuerpo; y forman á menudo rayas trasversales en la cara interior de las piernas. Aparecen igualmente mayores en el cuarto trasero que en el delantero; sobre la parte negra de la cola, es decir, en un tercio de su longitud, á partir de la extremidad, forman tres anillos llenos. En todos los individuos existe siempre invariablemente una mancha negra á cada lado de la boca, y otra, con un punto blanco ó amarillo, en el centro de la parte posterior de la oreja. Las listas irregulares que se separan en las ancas, se unen en la espalda, formando en los costados líneas más ó menos paralelas. No se pueden precisar más estos detalles, porque es difícil hallar dos ó tres pieles que ofrezcan exactamente los mismos dibujos.

La hembra del jaguareté tiene comunmente los colores más claros que el macho, y menos manchas anulares en el cuello y la espalda; si bien son numerosas y pequeñas en los lados.

Una variedad negra es bastante frecuente.

Su pelaje tiene un colorido tan oscuro, que las manchas negras resaltan muy poco. Se atribuye generalmente, según

Hensel, pero sin razón, á estos jaguaretés negros mayor ferocidad.

El nombre *jaguar*, se deriva de la lengua de los guaranis que llaman al animal «jaguareté», es decir, «cuerpo de perro». Los españoles le llaman «tigre» y los portugueses «onza pintada» ó «unza», designándole á menudo los viajeros con esta última denominación.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Su patria se extiende desde Buenos Aires y el Paraguay á través de toda la América meridional hasta México, y aun hasta la parte sudoeste de los Estados Unidos, en la América del Norte. Se le encuentra, no obstante, más á menudo en las regiones templadas de la del Sur, á lo largo de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay; y muy rara vez en los Estados Unidos, de donde le repelen los blancos.

En la actualidad está muy lejos de abundar tanto como en otro tiempo, y hasta es mucho más raro que á fines del siglo último, en cuya época, según Humboldt, se exportaban todavía anualmente con destino á Europa, dos mil pieles de estos animales.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El *jaguareté* habita en las espesuras que bordean los ríos y torrentes, en el lindero de los bosques próximos á los pantanos, y en los países húmedos donde las yerbas y los juncos alcanzan una altura de dos metros. Rara vez se deja ver en campo raso ni en el interior de los bosques, por donde no pasa sino para emigrar de un país á otro.

No tiene vivienda fija ni construye tampoco cubil: se echa en el sitio donde le sorprende la salida del sol, sea en la espesura del bosque ó entre las altas yerbas, pasando allí todo el día. En las grandes estepas, y particularmente en las pampas de Buenos Aires, donde no encuentra bosque, se oculta, según Azara, en las altas yerbas ó en las cavernas subterráneas abiertas por los perros salvajes, que vagan por aquellas regiones.

A veces ocupa chozas abandonadas por los indios para vivir en ellas. «Un indio, refiere Humboldt, al volver á su choza la encontró ocupada por una hembra del jaguareté y sus dos pequeños. Los animales vivían allí varios meses hacia y el propietario no logró expulsarlos, sino después de una larga lucha.»

Elige el crepúsculo vespertino ó el de la mañana para ir á cazar; algunas veces aprovecha también un magnífico claro de luna ó una noche serena, pero nunca sale si esta es tenebrosa, ni caza tampoco en pleno día.

Alimentase de todos los grandes vertebrados de que puede apoderarse, siendo en todos conceptos un animal peligroso. Su marcha parece lenta y pesada cuando no le excita cosa alguna, pero en el caso contrario da pruebas de ser muy ágil; su fuerza es prodigiosa, atendido su tamaño, y no puede compararse sino con la del tigre ó del león. Sus sentidos son delicados y alcanzan notorio desarrollo; sus inquietos ojos, que brillan á veces por la noche, son tan vivos como salvaje su mirada; su vista penetra las tinieblas y solo la deslumbran los rayos del sol. La sutileza del oído suple hasta cierto punto el escaso desarrollo del olfato, merced á lo cual adivina, aun á cierta distancia, la existencia de alguna víctima. La conformación de todo su cuerpo contribuye á que el jaguareté sea una fiera muy peligrosa. Para este animal toda clase de carne es buena. Azara vió en los excrementos de un jaguareté las cerdas de un puercito espin, y al examinar Rengger un estómago del mismo animal, halló pedazos de ratas y agutis, lo cual prueba que el jaguareté caza también animales pequeños. También sorprende las aves de los cañaverales y sabe pescar muy bien.

No cabe duda tampoco que el jaguareté no perdona al

caiman; pero lo que dice Hamilton respecto á esos dos animales no puede ser más que un cuento ridículo, que citaremos aquí, aunque acogiéndolo con la mayor reserva. «El jaguareté y el crocodilo, escribe Hamilton, son dos enemigos mortales que están siempre en guerra: si el primero sorprende al segundo durmiendo sobre los bancos de arena, le coge por debajo de la cola, donde la piel es blanda y vulnerable; y el terror del monstruo es entonces tal, que no piensa ni en la fuga ni en defenderse. Pero si el caiman encuentra á su enemigo en el agua, que es su propio elemento, está de su parte la ventaja, y consigue comunmente ahogar á la fiera, para devorarla después. El jaguareté, que reconoce muy bien su impotencia en el agua, tiene la precaución de lanzar un terrible rugido cuando quiere atravesar un río á nado, á fin de alejar á los caimanes que pudieran hallarse cerca.» No es necesario ser naturalista para comprender cuán inverosímil es semejante narración y para refutarla en seguida.

Como quiera que sea, no se puede dudar, según las observaciones de Humboldt, del príncipe de Wied y de Bates, que el animal come reptiles. «El jaguareté, dice el primero de estos observadores, es el enemigo más cruel de la tortuga Arrua; la sigue por las riberas donde deposita sus huevos, la sorprende en la arena y la voltea á fin de poder devorarla más cómodamente. Como la tortuga no puede ya ponerse en pié, y atendido á que el jaguareté mata muchas más de las que le es posible comer en una noche, los indios se aprovechan de la astucia del animal. Lo cierto es que no se puede menos de admirar la destreza con que este carnicero, sin más auxilio que su garra, vacía la concha de la tortuga, con la exactitud y delicadeza que pudiera hacerlo el mejor anatómico disecador.» El príncipe de Wied cuenta: «Se encuentran con frecuencia en las grandes selvas escudos huecos de la tortuga de los bosques, y los cazadores brasileños aseguran que las deja así el jaguareté. Obsérvase á menudo que aunque la concha se halle vacía, está intacta sin duda porque el animal se sirvió tan solo de sus garras; al paso que otras veces ha sido rota una parte á dentelladas.»

La narración de Hamilton tiene también algo de verdad. El fidedigno Bates vió en una cacería una reciente huella de jaguareté, cerca de un pantano de agua muy sucia y revuelta, oyéndose en seguida un ruido en las cañas, por entre las cuales se alejaba la fiera. Unos pasos más adelante encontró los restos de un crocodilo devorado, excepto la cabeza, la parte anterior y la piel acorazada. La carne estaba aun fresca y las huellas del jaguareté bien marcadas al rededor del cadáver; no cabía duda por consiguiente que el crocodilo había servido de almuerzo á la onza.

«Un cazador ejercitado, dice Rengger, tiene con frecuencia ocasión de observar á este animal cuando caza, y sobre todo á lo largo de los ríos: allí se le ve deslizarse lentamente y á paso de lobo por las orillas, tratando de sorprender á las marsoplas y las nutrias. De vez en cuando, detiéndose como para escuchar, y explora atentamente los alrededores; pero jamás le he visto seguir la pista de un animal cualquiera, guiándose por el olfato y rasando la tierra con el hocico. Cuando divisa una marsopla, por ejemplo, trata de acercarse con una paciencia y circunspección increíbles; se arrastra como una serpiente; permanece inmóvil durante varios minutos á fin de observar bien el sitio ocupado por la víctima que codicia; y da á veces grandes rodeos para acometerla por el lado donde pueda ser menos visto. Por último, cuando ha llegado á una distancia conveniente sin ser descubierto, precipitase de un salto, rara vez de dos, sobre la ansiada presa; la derriba en tierra; le abre la garganta, y la lleva con la boca á la espesura, agitándose aun en las últimas convulsiones de la agonía. El crujido de las ramas secas que se rompen bajo el peso de

su cuerpo, basta para descubrirle; este es un ruido en que se fijan especialmente los pescadores que levantan por las tardes sus tiendas á la orilla de un río. Sucede también á veces que las marsoplas olfatean de lejos á su enemigo, en cuyo caso se lanzan al agua gritando; pero asegúrase haber visto

jaguetés precipitarse en su seguimiento y cogerlas en el momento en que iban á sumergirse. Cuando este carnicero yerra el golpe y se le escapa la víctima, aléjase con rapidez como si tuviera vergüenza, sin atreverse á volver la vista atrás. En el momento en que trata de acercarse á un animal,

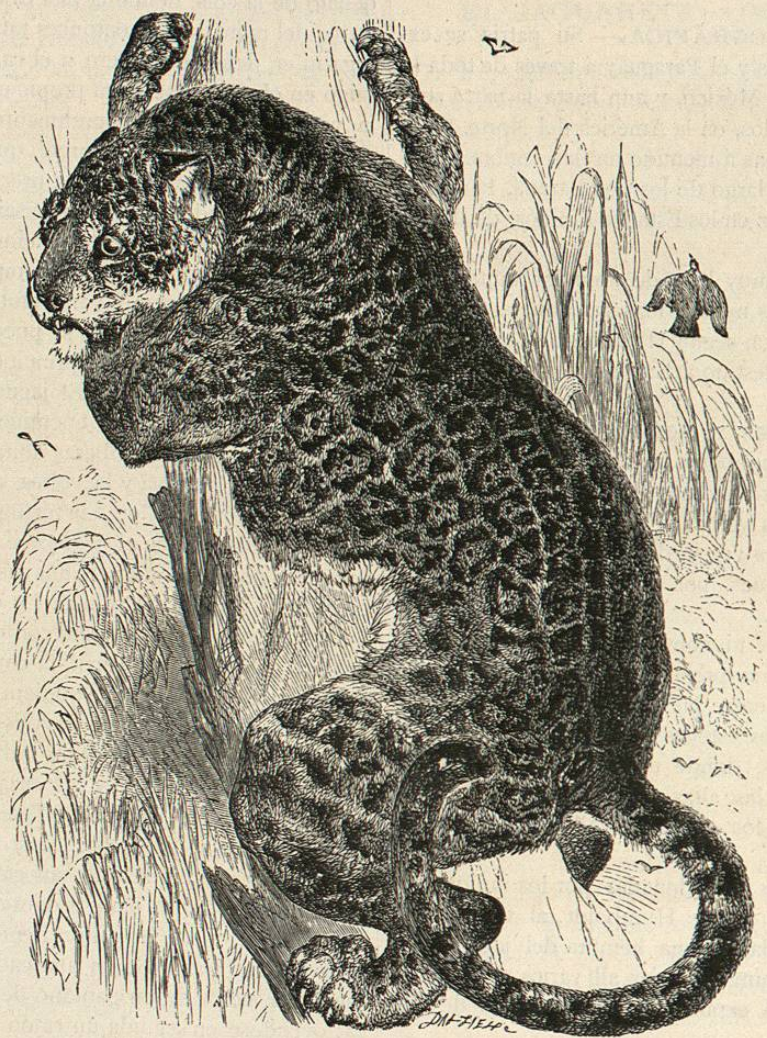


Fig. 126.—EL JAGUARETE

se halla tan concentrada en él su atención, que ni distingue nada de cuanto le rodea, ni percibe siquiera un ruido bastante fuerte. Si no puede llegar hasta su presa sin ser observado, vuelve al bosque y se pone al acecho. Su posición es la de un gato que espera el ratón: agachado, pero siempre dispuesto á saltar, tiene fija la vista en el objeto que ambiciona, y no da señales de vida, sino con la cola, que se mueve de vez en cuando. No siempre va este carnicero á buscar su presa; muchas veces se oculta en los juncos de los pantanos ó en las orillas de los ríos, y allí espera tranquilamente á los animales que van á beber. Jamás se pone al acecho en un árbol, aunque es excelente trepador.»

Los jaguetés causan á veces grandes destrozos en los ganados, acometiendo de preferencia á los animales de cuernos, á los caballos y á los mulos. Azara pretende que «matan á los animales de una manera particular; esto es, saltando al cuello, poniéndoles luego una pata delantera sobre el occipucio, mientras que con la otra cogen el hocico, y levantan su víctima, rompiéndole la nuca en un momento.»

Rengger no ha hecho nunca esta observación, ni ha encontrado tampoco en los cadáveres de los animales señales que confirmen el hecho. «Por el contrario, dice, he notado

siempre que el jaguaréte abre la garganta de su víctima con el auxilio de las garras y dientes cuando el animal es de gran tamaño; y en cuanto á los pequeños, los mata de una sola dentellada en la nuca. Rara vez, y solo cuando la necesidad le obliga á ello, acomete á los toros y bueyes, porque estos avanzan valerosamente contra él y le hacen huir. En el Paraguay se oyen referir con frecuencia hechos mas curiosos respecto á estas luchas, y si ha de darse crédito á los indígenas, muy á menudo han debido los hombres la vida al valor de un toro. Las vacas mismas defienden con alguna ventaja á sus hijuelos contra tan temible enemigo, pero siempre quedan peligrosamente heridas. Dicese que se cierran en círculo al acercarse el jaguaréte, de modo que los terneros quedan en medio, mas esto no pasa de ser un cuento; antes al contrario, todo el rebaño se dispersa por las praderas al aproximarse el carnicero; y únicamente los bueyes y los toros esperan al enemigo ávidos de lucha, mugientes, y escarbando la tierra con sus pezuñas y sus cuernos. Los caballos y los mulos llegan á ser fácilmente presa del jaguaréte; los primeros tratan alguna vez de salvarse apelando á la fuga; pero los segundos se asustan de tal modo, solo al ver la fiera, que permanecen inmóviles ó caen por tierra antes de ser

acometidos. Sin embargo, merced al olfato, mucho mas desarrollado en ellos que en los caballos, reconocen mejor que estos desde lejos la existencia del enemigo, sobre todo si hace buen tiempo, pudiendo en consecuencia alejarse y evitar el peligro. Segun parece, únicamente los caballos padres se defienden á mordiscos y coces si no son derribados á la primera embestida.

Este carnicero coge tan fácilmente su presa en el agua como en tierra.

Se han referido muchos cuentos acerca del modo de coger esta fiera los peces, asegurándose, por ejemplo, entre otras cosas, que los atrae con la espuma de su saliva, ó dando coletazos en el agua. «Sin embargo, dice Rengger, un cazador inteligente, al que debo mas de una excelente indicación y

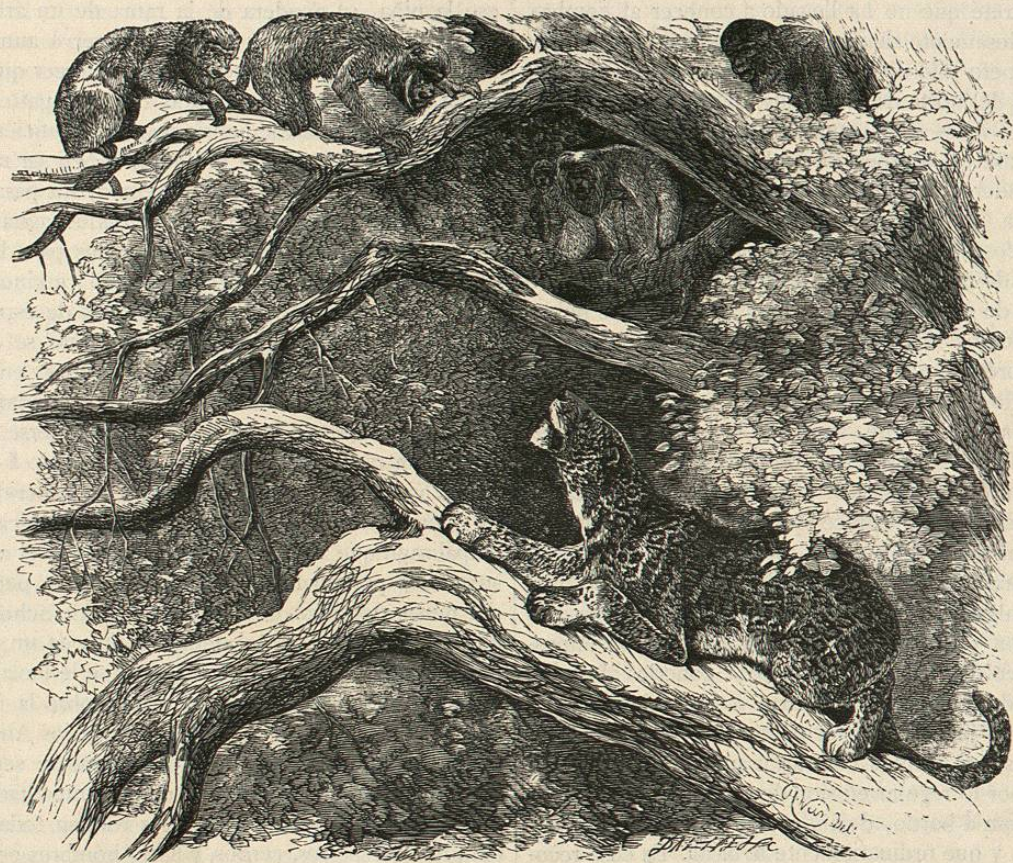


Fig. 127.—EL JAGUARETE DANDO CAZA A LOS MONOS

muy buenos consejos para mis viajes, me informó mejor; y mis propias informaciones han confirmado las suyas. En una calurosa tarde de verano entraba yo en mi barquilla, despues de haber estado cazando patos, cuando mi guia indio me enseñó un jaguaréte que estaba en la orilla del río. Nos aproximamos, ocultándonos debajo de las ramas pendientes de los sauces á fin de observar los movimientos del animal, y vimos que estaba acurrucado sobre una punta de tierra que penetraba en el río, en un sitio en que la corriente era muy rápida y adonde acudía de preferencia un pez conocido en el país con el nombre de *dorado*. El jaguaréte fijaba atentamente sus miradas en el agua, y de vez en cuando inclinábale como para explorar la profundidad. Al cabo de un cuarto de hora le ví de repente dar una manotada en el agua y echar á la orilla un gran pez. Vemos, pues, que este animal pesca como el gato doméstico.»

Quando el jaguaréte ha matado un animal pequeño, le devora al instante sin dejar huesos ni pelo; si su presa es de gran tamaño, como por ejemplo un caballo, un buey, solo come una parte del cuerpo, sin manifestar preferencia por esta ó aquella. En cuanto á las entrañas, no las toca nunca. Cuando está repleto se retira al bosque para dormir, siquiera no se aleje regularmente mas de un cuarto de legua del sitio donde ha comido. Por la tarde ó al día siguiente vuelve á buscar los restos de su caza; come segunda vez, y abandona á las aves de rapiña lo que no ha podido consumir. Estas úl-

timas, por otra parte, segun las observaciones de Humboldt, le disputan su presa mientras la devora. No lejos de San Fernando, dice el ilustre viajero, encontramos el jaguaréte mas grande que habíamos visto durante todo nuestro viaje: echado en tierra á la sombra, apoyaba una de sus patas delanteras sobre un cerdo marino que acababa de matar. Toda una bandada de buitres se había reunido al rededor de aquel rey de los animales de América para devorar los restos de su comida, si los dejaba; aproximáronse al jaguaréte hasta hallarse á dos ó tres piés de distancia, mas al menor de sus movimientos, echaban á volar atemorizados. El ruido de nuestros remos indujo á la fiera á levantarse y dirigirse lentamente á la espesura, momento que aprovecharon los buitres para arrojar sobre la presa; pero al instante, precipitóse el animal en medio de ellos, y con furibunda mirada, llevóse su comida al interior del bosque.»

Segun Rengger, el jaguaréte nunca come mas de dos veces del propio animal que mata, y menos aun se atreve con los restos corrompidos de un cadáver; notándose que despues de hartarse una vez, comunmente no vuelven á buscar lo que dejaron. Cuando el jaguaréte se apodera de un animal á cierta distancia del bosque, lo arrastra allí, sea cual fuere su corpulencia; y en ciertos casos, atraviesa igualmente un río con presas muy pesadas.

En las cercanías de la habitación de Azara, un jaguaréte mató un caballo, y arrastrándole á una distancia de sesenta